

otro dia os oiremos sobre esto: *Quidam autem dixerunt: audiemus te de hoc iterum*; pero tambien los hubo que haciéndose instruir, abrazaron el cristianismo, siendo uno de ellos Dionisio, individuo del areópago: *Quidam verò viri adhaerentes ei, crediderunt; in quibus et Dionysius areopagita.*

La suerte, señores, de San Pablo predicando ante el areópago será siempre la de los predicadores de la verdad. Diez y ocho siglos despues que él en Aténas anunciamos nosotros la misma doctrina en esta capital, que por sus inclinaciones, sus costumbres y sus ornatos pasa por la Aténas de los tiempos modernos. ¿Pero qué nos sucederá? Habrá espíritus satíricos que se burlarán de nuestra doctrina como de una vana fábula: los habrá que conmovidos, pero débiles y amantes de sus placeres, querrán dilatar hasta una época mas avanzada de la vida las reflexiones serias: *audiemus te de hoc iterum*; pero nos atrevemos á esperar en el Dios de las misericordias, que habrá tambien algunos que vuelvan al camino de la verdad y marchen fielmente por él hasta el fin. Y con que un solo jóven venga en esta inmensa ciudad á abjurar sus errores al pié de esta cátedra, quedarán pagados con usura nuestros trabajos y esfuerzos.

DE LA VERDAD.

SI quisiésemos recogerlos por algunos momentos dentro de nosotros mismos para descifrar los gustos y las inclinaciones mas profundas de nuestra naturaleza, descubriríamos fácilmente que hemos sido formados para la verdad, y que á nuestro pesar nos vemos impelidos á mirar como una extravagancia ese pirronismo universal, que nada reconoce falso ni verdadero, y aparenta no ver mas que incertidumbres. Yo experimento dentro de mí mismo, que mi ser me arrastra por su misma naturaleza hácia la verdad, como hácia el centro de mis deseos y de mis afecciones; que mi entendimiento solo vive para ella, y que solo tomando sus colores y sus rasgos puede agradarnos ó movernos la mentira. Mi entendimiento está tan sediento de verdad, como mi corazon de felici-

dad; y me es tan imposible desprenderme del amor de lo verdadero, como del amor de mí mismo: la inteligencia pues, que es el dote de mi naturaleza, me ha sido dada para ver, para conocer y distinguir los objetos, para discernir lo que es de lo que no es; á saber, la verdad del error: y esto, solo esto es lo que me constituye racional, y me hace sentir una inquietud vaga que solo se fija en la posesion de la verdad ó de lo que me parece tal.

Ved como brilla el amor de lo verdadero en todas las edades y en todos los estados. ¿De dónde proviene en los niños aquella curiosidad que les es tan natural, aquella ansia por saber, y aquella aficion viva y ardiente á aprender lo que ignoran? ¿De dónde en los hombres tanto horror á los caracteres falsos, y á los corazones dobles, en términos de ser tenidos el hipócrita y el embustero por los mas viles y despreciables de todos los viciosos? ¿Por qué esa lucha tan esforzada del entendimiento contra las tinieblas de la ignorancia; tanto empeño en disiparlas; y gozar de la luz en todo su brillo? ¿Qué se propone el sabio en sus penosas vigiliás, el viagero en sus lejanas correrías, el naturalista en sus observaciones, el político en sus meditaciones, y el magistrado en la concordancia de las leyes y la discusion de los hechos? Todos

aspiran á conocer lo que tiene una existencia real para afirmarlo y enseñarlo á sus semejantes; todos en fin buscan la verdad: aun los sofistas mas osados han querido pasar por amigos de ella, y hasta los mismos ateos se dicen propagadores de la verdadera luz, bien seguros de desacreditar sus sistemas si los anunciasen por lo que son en la realidad, es decir, por el delirio de engañosas pasiones.

Y si hemos sido formados para la verdad, ¿será posible que carezcamos de algun medio para conocerla? Y al criarnos la naturaleza para un fin, ¿nos habrá reducido á la imposibilidad de conseguirle, señalándonos el término á que nos debemos dirigir, para poner entre él y nosotros obstáculos insuperables? En este caso su obra seria en efecto monstruosa. Y así como nadie creeria que la especie humana ha sido formada para ver la luz y para comunicar sus pensamientos por medio de la palabra, si fuese ciega ó muda; del mismo modo se tendria por increíble que la naturaleza humana esté como formada para la verdad, si careciese de los medios para conocerla.

Yo no necesito mas que esta sola observacion para persuadirme que á lo ménos en muchas cosas el entendimiento no está condenado á vagar de congetura en congetura, ni á fluc-

tuar en el vacío de las probabilidades y en la incertidumbre: y comienzo desde luego á sospechar que los ratiocinios del escéptico sobre la absoluta nulidad de la razon humana, son tan solo declamaciones retóricas y sutilezas de sofistas.

Ignoro, Señores, si alguna vez os habréis preguntado á vosotros mismos, qué es la verdad, y si alguna vez habréis procurado conocerla. La verdad en general, considerada en sí misma, es aquello que existe, como la mentira es aquello que no existe; por consiguiente, lo verdadero es cuanto tiene una existencia actual ó posible, y lo falso todo aquello que ni existe ni puede existir. Considerada la verdad en nosotros mismos, en cuanto que nos está presente, y nuestro entendimiento la percibe, consiste en el conocimiento de aquello que existe; de modo que si afirmo lo que realmente existe, y niego lo que no existe, indudablemente acierto con ella, y en el caso contrario caigo en el error: la verdad, pues, es una cosa efectiva, y la mentira una quimera; de modo que la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el ser y la nada, no son mas opuestos entre sí que la verdad y el error.

Pero todas las verdades no son de un mismo órden, ni brillan todas con el mismo grado de luz: y bajo el supuesto de que algunas nos sean

ménos perceptibles que otras, ¿por qué medios podremos llegar á su conocimiento? De aquí nacen las dos cuestiones que vamos á discutir al mismo tiempo en esta conferencia, á saber: la necesidad de admitir y reconocer verdades primeras y otras deducidas de estas; designando los caracteres de las unas, y buscando los medios de conocer las otras. Procurarémos desterrar de nuestro language cuanto pudiera molestar sin ilustrar; pues ademas de ser la obscuridad perjudicial para todo, de ningún modo es permitida en los discursos públicos: tambien creemos de nuestro deber evitar en esta discusion puramente filosófica los términos científicos, que sin ser la ciencia misma no son frecuentemente mas que charlatanismo.

Desde que el hombre principió á filosofar, es decir, á darse á sí mismo cuenta de sí mismo, aparecieron talentos dotados de tal penetracion y tal sagacidad, que se ocuparon en formar una teoría completa del alma y de sus facultades, del origen de nuestras ideas y de los principios mas recónditos del ratiocinio. Bajaron en cierto modo hasta los abismos de la inteligencia, para sorprenderla en sus operaciones mas secretas, y llegar hasta la misma raiz de nuestros conocimientos; á la manera de los sabios que registran las entrañas de la tierra, á fin de des-

cubrir de qué modo se forman en ellas los metales, y cómo alimenta las plantas que brotan de su seno; pero la naturaleza inteligente, del mismo modo que la naturaleza material, ha ocultado sus misterios con un velo de bronce que jamás levantará enteramente la mano del hombre; mas si por desgracia la razón humana tiene ciertos límites, nuestra curiosidad carece de ellos; y de aquí provienen tantos y tan multiplicados esfuerzos para salvar barreras insuperables á nuestra debilidad, y los muchos extravíos que han sido con demasiada frecuencia el fruto de la audacia. La historia de la filosofía solo nos presenta una serie de sistemas diversos, ó por mejor decir, opuestos entre sí, que han reinado sucesivamente en las escuelas; y el hombre ha recorrido una cadena de errores de la que un extremo termina en el materialismo, y el otro en el idealismo. El primero anonada el alma, y sin ver en el hombre mas que sus órganos, quiere que solo sea una máquina mas en el mecanismo inmenso del universo; y el segundo no dando subsistencia mas que al alma, destruye el mundo material, haciendo de él un cuadro imaginario de fenómenos y de apariencias. Entre estos dos extremos se encuentran sistemas mas ó menos plausibles.

Mi deber en esta cátedra no es adoptar los

unos ni combatir los otros: he creído mas útil exponer las doctrinas que parece deben reconocer todos los entendimientos, y profesar todas las escuelas, para no engolfarnos en mil quimeras: estas doctrinas son las siguientes:

Cada uno de los seres que componen este universo tiene su naturaleza peculiar, y sus atributos constituyentes, por los cuales existe, y sin los que ni aun es posible concebirle.

Tan imaginaria es la existencia universal, como la virtud universal; aquella solo es efectiva en el individuo que existe, así como esta lo es únicamente en el hombre virtuoso; de modo que solo los individuos tienen una existencia real, que resulta de la reunión de sus cualidades esenciales. Sí Señores, hay ciertamente alguna cosa que constituye los seres tales como son, y hace que un hombre sea un hombre, que una planta sea una planta, y que el mármol sea mármol: de modo que si solo tomásemos del hombre su cuerpo, nos resultaria cuando mas un animal; y si solo tomásemos su alma, tendríamos un espíritu puro, un ángel: para tener pues un hombre, es preciso suponer una criatura racional, compuesta de un cuerpo y de una alma, unidos entre sí por medio de lazos misteriosos é inexplicables, pero no menos reales y efectivos.

No tratamos de considerarnos en un estado distinto del que tenemos, ni en un orden de cosas diferente del en que vivimos; tampoco intentamos indagar cuáles serian nuestras afeciones si tuviésemos un sexto sentido, ó si naciésemos mas perfectos: somos hombres, y no podemos sentir, ver, ni raciocinar como si no lo fuésemos; pues los caracteres distintivos de nuestra naturaleza no dependen de nosotros. El hombre no ha creado su inteligencia ni su cuerpo: podrá muy bien perfeccionar su entendimiento por medio del estudio, la reflexion y la experiencia, así como puede fortificar su cuerpo con el ejercicio y un régimen saludable; pero como él no ha formado su entendimiento, trazado ni ejecutado su plan, como el de un edificio que fuese obra suya, tan imposible le es añadir á su alma una facultad mas, como aumentar un ojo mas á su cabeza; consideremos por consiguiente al hombre en su condicion de hombre, y veamos el resultado de este exámen.

Por él conocerémos que el hombre nace con ciertos gustos, inclinaciones y facultades análogas ya á su naturaleza inteligente, ya á su naturaleza corpórea; que tiene tendencia á lo verdadero, y aptitud para conocerlo y abrazarlo; y que estas disposiciones se desenvuelven y perfeccionan por medios imperceptibles, á lo ménos en

gran parte, á los mas hábiles observadores; de modo que tan indudable es que el entendimiento se ha hecho para conocer la verdad, como los ojos para ver la luz: esta es su naturaleza; pero no por esto creamos poder disponer de nuestra inteligencia como si fuese una máquina, obra de nuestras manos, y manejarla como queramos pudiéndola componer ó descomponer á nuestro albedrío: no, la inteligencia tiene sus principios, sus leyes que la constituyen y la gobiernan, y á las que no se puede faltar sin destruirla, así como el cuerpo tiene su propia organizacion, sin la cual no podria existir.

Se dice sin embargo que la costumbre es segunda naturaleza, y que el niño es una cera susceptible de todas las impresiones; pero guardémonos de creer absolutamente exacta esta comparacion. La cera blanda es indiferente á las formas que se la quiere dar; no exige ni rechaza ninguna, y conserva siempre pasiva la última que ha recibido. No sucede lo mismo con nuestra alma, que léjos de ser indiferente á la verdad y al error, tiene aficion á la primera y repugnancia al segundo; y dotada de una actividad interior, se eleva infinitamente sobre todo lo que es meramente pasivo: podrán muy bien las sensaciones, la educacion y la experiencia excitar su actividad, poner en movimiento sus

facultades, y suministrarle materias para levantar el edificio de sus conocimientos; pero ella es siempre el arquitecto que compara, que aprecia, juzga, elige y dispone los materiales que tiene á la vista, segun las ideas primitivas de orden y de proporcion que ellos no le han podido suministrar.

Tomad una tabla de mármol; en ella podreis grabar impunemente las proposiciones mas repugnantes, por ejemplo: *el círculo es una figura cuadrada: dos y dos son cinco*: nada hay en el mármol que le haga conocer semejantes absurdos ni le obligue á rechazarlos, y presentará á los espectadores los caracteres que los expresan ínterin no los borre la mano del tiempo; pero en vano intentará el sofista grabarlos en las tablas de la inteligencia, ó hacerlos prevalecer entre la especie humana; un sentimiento invencible nos advertirá siempre que un círculo es redondo, y que dos y dos son cuatro. El alma es rica, poderosa por sí misma, y encierra dentro de su seno un tesoro de sentimientos, de nociones y verdades ocultas que se manifiestan á su tiempo; y siendo el principio de su inclinacion ó aversion á ciertas cosas, ilustran y arreglan sus juicios. Yo no diré cuál sea su origen, cuál el momento en que comienzan á manifestarse, cómo se desenvuelven, ni cómo

de sensaciones vagas pasan despues á ser principios luminosos; tampoco diré que sean innatos, en el sentido de que un niño empiece á percibirlos en el momento que nace; pero sí digo que existen en el alma del hombre, y solo esperan una ocasion para manifestarse, á manera de la chispa oculta en el centro del pederual, que solo espera un ligero golpe para saltar: mas claro aún, semejantes á los objetos cerrados en un lugar oscuro que son para nosotros como si no existiesen, hasta que la luz nos los hace sensibles. ¿Pero de qué modo se excitan en el alma, y, digámoslo así, empiezan á vivir estos sentimientos primitivos, como amortiguados ántes en el fondo de ella misma? Misterio impenetrable.

Entre estos sentimientos primitivos, mas ó ménos confusos y desenvueltos, pero de tal modo inherentes á nuestra naturaleza que se encuentran en cuantas partes existe el hombre, cuento yo el de su propia existencia, así como el de la existencia de otras cosas fuera de él, el del amor de sí mismo, el de la divinidad y de la vida futura, el del bien y del mal, el de la apariencia y de la realidad, y el del tiempo y del espacio. En todas partes hallamos la creencia en un Dios, y la esperanza en una vida futura; por todas partes se reconoce el deber de

amar un hijo á su madre; en todas se ha medido el tiempo y dividido el espacio, y las lenguas de todos los pueblos tienen términos para expresar estas nociones. Yo quiero suponer que un sofista quisiese convencernos de que no existimos; que nada hay fuera de nosotros; que el movimiento es imposible; que una casa se ha construido por sí misma, y que la ingratitud es una virtud: podría acaso ofuscarnos por un momento con sus sutilezas; pero muy pronto toda la naturaleza humana se sublevaria contra sus fútiles argumentos, y permanecería firme en la verdad por la fuerza de estas nociones primitivas que dominan su inteligencia y la atan á la verdad.

Aun añadiré, señores, que uno de estos sentimientos es el de lo infinito, que domina la especie humana sin que ella misma lo advierta, y se encuentra en él salvage lo mismo que en el hombre civilizado: así nos lo descubren una multitud de cosas. Poned á un hombre en una de las grandes escenas de la naturaleza; hacedle contemplar la vasta extension de los cielos estrellados, la inmensidad de los mares y la altura de las montañas cuyas cimas se pierden en las nubes, y le vereis penetrado de cierto asombro mezclado de ternura; le vereis tanto mas conmovido quanto ménos conoce las cau-

sas de lo que le sorprende; arrojarse enagelado fuera de la esfera de lo que ve, y sumergirse en no sé qué de vago é indeterminado que no tiene límites ni medida, en una palabra, en lo infinito.

No por eso confundamos estas ideas fundamentales, comunes á todos los hombres, con las accesorias que pueden ser solo el patrimonio de algunos; y distingamos los instrumentos que la naturaleza misma nos ha concedido del grado de perfeccion que el hombre puede darles. Aristóteles y Bacon, Descartes y Pascal, Mallebranche, Locke y Leibnitz han podido en efecto trazar las reglas del racionio, inducir á los hombres á la experiencia, hacerlos dudar metódicamente para excitarlos á darse á sí mismos cuenta de todo, subir hasta el origen de las ideas y disertar sobre el modo con que vemos los objetos; han podido muy bien auxiliarnos y guiarnos en la investigacion de la verdad por medio de sus diversos métodos, sus clasificaciones y sus sistemas figurados de los conocimientos humanos; pero los principios existian sin ellos y ántes que ellos. Se quiere investigar por medio del racionio si existen principios fijos y cuales son estos; pero como para racioniar es preciso poseer los medios del racionio, el investigar si hay tales principios es suponer

ya que existen; porque, observémoslo bien, señores, en todos los sistemas hay necesidad de partir de un principio fijo, de un hecho incontestable, y de idea en idea, y de raciocinio en raciocinio llegar á una primera verdad, que se siente y se palpa sin necesidad de demostrarla; de otro modo, y sin el apoyo de un principio ó de un hecho que no necesite pruebas, nos hallaríamos en la imposibilidad de probar nada.

Ahora es preciso que discutamos de un modo exacto, cuales son los caracteres de las llamadas primeras ideas: por mi parte les asignaré cuatro, á saber: claridad, antigüedad, generalidad é inmutabilidad.

Son luminosas, porque brillan con una luz propia, y hieren el entendimiento con su resplandor, como el sol hiere á los ojos con sus rayos. ¿Cuál es el hombre que puede resistir el sentimiento íntimo de su propia existencia, y no creer que existe realmente? Estas verdades se niegan á toda especie de pruebas; se exponen, pero no se demuestran por la imposibilidad de partir de un principio mas luminoso que ellas mismas, y sería mas fácil combatir las con fruto que probarlas: la inclinacion misma de la naturaleza nos impele constantemente á ellas, y por esto dijo Pascal estas enérgicas palabras: *Existe una fuerza de verdad invencible á todo*

el escepticismo, como una imposibilidad de demostracion invencible á todo el dogmatismo. Es pues uno de los caracteres de las primeras verdades, tales como la de nuestra existencia individual, el ser tan evidentes que no puedan ser probadas por un principio que lo sea mas que ellas; y el no estar sujetas al raciocinio depende precisamente de ser ellas mismas la base de todos.

En cuanto á su antigüedad tienen la misma que el género humano; y por muy alto que subamos las encontraremos esparcidas por todas partes; de otro modo ¿cómo podríamos comunicarnos con la antigüedad, si careciésemos de estas primeras ideas que nos son comunes con ella? Ciertamente que el hombre no las ha inventado; existen dentro de él mismo sin su noticia, ya las perciba en la actualidad, ó bien aguarden una ocasion para descubrirse ellas mismas. Se puede asegurar que todas las verdades son antiguas, no hay de nuevo mas que su manifestacion; pues la verdad existia en nosotros á lo ménos como en su gérmen, y solo nos agrada porque se conforma con las impresiones que teniamos de antemano; y asi como Cristobal Colon no ha inventado la América, tampoco nuestro entendimiento puede inventar la verdad: solo la descubre; y tan luego como se le presenta, la ve, se pone en armonia con

ella, como los ojos lo están con la luz, y se la apropia como cosa suya. La inteligencia contiene dentro de sí misma el principio de todo aquello que adquiere por medio de la experiencia; y con exactitud decía Fontenelle que *tan luego como una verdad se nos presenta, creemos reconocerla.*

Las verdades que designo como universales se hallan en todos los pueblos y en todo lugar: encuéntrese el hombre donde quiera, siempre sus ideas y sus sentimientos serán conformes en muchas cosas con las de sus semejantes, de tal suerte que podrán comunicarse mutuamente cuanto pase en sus almas, sin que la diferencia ú oposición de leyes, de usos ó de costumbres les impida entenderse desde el uno al otro extremo del mundo. ¿En qué consiste que un sabio puede conversar con un ignorante, y por qué los elementos de la geometría son los mismos en los confines del Oriente que en nuestra Europa? Es que en todo lugar, y en todas condiciones los hombres son hombres, y beben los mismos sentimientos en la naturaleza común á todos; y suponiendo todo raciocinio un principio, si este no fuese común, los hombres no podrian entenderse en ninguna cosa; y he aquí el *sentido común*, llamado así por componerse de ideas universales.

En fin estas verdades son inmutables, porque ni está en la mano del hombre el destruirlas, ni tampoco el crearlas. Son la vida de la inteligencia, y ni el tiempo ni la ignorancia, las preocupaciones ni las pasiones pueden alterarlas: resisten á todo; y es tan imposible á la naturaleza humana existir sin conocerlas, como lo es mandar que haya en adelante efectos sin causas, ó que los hombres vivan sin tomar alimento ni bebida.

Tales son las señales características de estos sentimientos inherentes á la naturaleza humana, que si pueden estar como amortiguados, jamas llegan á extinguirse; y prontos al contrario á exaltarse y á corresponder al menor estímulo, nos sirven de guía y de antorcha; y son una especie de reserva que tiene nuestra alma para hacer de ellos el uso que necesite, viendo, juzgando y raciocinando por su medio. Tal es pues este *yo humano* que tiene un conocimiento de sí mismo, de sus sentimientos, de sus ideas y de sus operaciones; que posee principios fijos de raciocinio con que procede al descubrimiento de verdades que ignora; que se modifica de mil maneras diferentes, pero que en medio de un perpetuo flujo y reflujó de modificaciones rápidas y pasajeras se acuerda de lo pasado y lo compara con lo presente, y es como un espejo

inmóvil en que vienen á representarse sucesivamente los objetos movibles, y al mismo tiempo animado en que ve los objetos que él mismo produce, los aparta, los vuelve á aproximar, y los juzga viéndose al mismo tiempo á sí mismo: maravilla siempre antigua y siempre nueva en que apenas reparamos, porque se repite á cada momento. Si Señores, por poco que reflexionemos en las operaciones de nuestro entendimiento, sus facultades ó su memoria, exclamaremos del mismo modo que al meditar los mas altos misterios del cristianismo: ¡O misterios profundos é inexplicables! *O altitudo!*

Así como hay leyes generales del movimiento que gobiernan el mundo material, hay tambien ciertas primeras verdades que rigen el mundo intelectual y moral, y establecen para los entendimientos leyes que no les es dado traspasar. Es cierto que algunas veces parece que los desórdenes, los vicios y los errores van á trastornar el mundo de las inteligencias, al modo que en otras, respecto de la naturaleza corpórea, se creeria que confundidos los elementos va á sepultarse el universo en un caos eterno; pero los principios fundamentales subsisten invariables, y siempre predominan y restablecen el orden, como puntos cardinales sobre que gira el mundo moral. Digamos pues con un es-

critor extranjero (1): „Que el último esfuerzo de la razon es conocer la inevitable necesidad de unirse estrechamente á ciertas primeras verdades, que son como otros tantos puntos fijos que no se prueban por el raciocinio, pero que se adoptan como por cierta vista interior „y constituyen en cierto modo la inteligencia.”

No hemos tratado hasta ahora de explicar estas nociones primitivas, hemos creído preciso probar ántes su existencia y señalar sus caracteres; creemos haberlo realizado, y solo haremos una reflexion sobre su origen.

Existe Dios, se ve á sí mismo como ve cuanto está en la esfera de la posibilidad; y pues que al crearnos nos comunicó alguna cosa de los tesoros de su ciencia infinita, nuestra razon es como un rayo de la razon divina, y la luz de nuestro entendimiento como un reflejo de la luz increada. Y hasta las nociones de verdad y de orden que existen en nosotros, se hallan desde la eternidad, aunque de un modo infinitamente mas perfecto, en aquel que es la misma verdad, y de quien las hemos recibido; y así es como pueden explicarse las ideas eternas de que habló Platon, y despues Fenelon en uno de sus diálogos; y esto mismo es lo que nos han reve-

(1) Ancillon: Mélanges de Philosophie et de Littérature.